

Ménades y Meninas

Rafael Canogar, pintor español y fundador del grupo El Paso. (Fotografía: Rafa Samano/Cover/Getty Images)

Arte político

Rafael Canogar



ARTE POLÍTICO. SE ME HA PEDIDO MI INTERVENCIÓN, con seguridad por mi dedicación durante más de una década a una obra bajo esta supuesta denominación, que abandoné hace ya cuarenta años. ¿Pero qué es el arte político? Existen muchos prejuicios y juicios muy contradictorios. Yo mismo tengo cierto rechazo a esta calificación, y defino a este periodo, en lugar de arte político, como realismo, o crónica de la realidad. Pero vaya por delante que creo que todo arte libre, renovador e investigador, todo arte que quiere hacerte reflexionar sobre la realidad, tiene en su raíz un carácter político y pedagógico. Político, sí, pero no político-militante. Frente a estas contradicciones aplaudo este encuentro, que puede ser importante para definir los parámetros del arte político.

“El arte y la política no poseen una relación unidireccional, sino que se imbrican en una vinculación de doble vía, a modo de vaivén, que va desde la estética a la política, y desde la política a la estética”. Rancière nos dice, con estas palabras, que esta vinculación posee una trama muy densa, casi carnal. El arte no es necesariamente político por sus mensajes del mundo ni por el contenido estructural de sus conflictos, también lo es en la medida en que nos permite distanciarnos de esas funciones narrativas. El arte es potencialmente político, sí, pero no todo arte es político.

¿Existe el arte político? Sí, arte político fue el realismo socialista soviético. Un arte para ensalzar una ideología política, una iconografía para adoctrinar al pueblo. Arte político fue también tanto el promovido por el nazismo de Hitler como por el fascismo de Mussolini. Un arte que se inspiró, de alguna forma, en el Imperialismo



Gustave Courbet, *Entierro en Ornans*, 1849, Museo de Orsay, París

Romano, como forma de exaltación de una supuesta sociedad más elevada y pura. Un arte con unos principios dictados desde el poder político, impuesto como única forma de crear, por los ideólogos de sus sistemas, para la exaltación de sus ideologías, donde no cabían las discrepancias. La misma iglesia católica también impuso al creador unos cánones iconográficos concretos para adoctrinar al pueblo, rechazando la maestría y saber de las artes plásticas griegas y romanas.

¿Pero no es cierto que también los egipcios y los romanos montaron sus grandes hitos de exaltación del poder, de su poder? ¿No construyeron los romanos magníficos arcos de triunfo para celebrar sus grandes conquistas, además de su organización social y cultural? ¿No fueron esos mismos principios los que movieron a construir las grandes pirámides en Teotihuacan, con sus grandes explanadas blancas y pulidas, para impresionar e imponerse?

El arte, hasta épocas muy recientes, ha sido casi siempre de encargo del poder, político o económico, del eclesiástico, de la burguesía, de las academias, etc.

El arte y el poder se necesitan, y hoy día, gran parte del arte contemporáneo que trabaja con nuevas tecnologías realiza sus grandes obras mediante de los encargos. Encargos oficiales, o de corporaciones, para mostrar al mundo su apuesta por lo nuevo, por los valores progresistas en la política cultural del país, de sus apuestas por una nueva sociedad opulenta, que quiere mostrar, en sus espacios públicos, el poder económico y tecnológico.

Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que el artista fue verdaderamente libre, libre de aceptar o rechazar esos encargos. Conquista que nace al mismo tiempo que los pueblos comienzan a tener voz, a tener un peso específico en las sociedades, junto a los derechos de sufragio y derechos ciudadanos, más tarde consolidados con la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de 1848 y, anteriormente, por la Revolución Francesa de 1789, donde se habla de los derechos del hombre y del ciudadano. Serían artistas como Daumier y Courbet, los primeros en realizar un arte que ya podremos denominar como arte-político, de protesta, o “realista”. Fueron artistas libres porque tuvieron, quizá por primera vez, voz para representar “la realidad” y, ejerciendo esa libertad, hicieron un arte crítico o testimonial. Fueron portavoces del descontento y la sublevación contra el poder establecido. Los impresionistas también fueron artistas libres y, para vender sus obras, se tuvieron que inventar las galerías de arte. No fueron o no hicieron un arte-político *per se*, pero sus aportaciones fueron revolucionarias y permitieron grandes cambios estéticos y culturales, arte político en definitiva.

La industrialización permitió el nacimiento de la burguesía como clase dominante, y la obrera de exponer sus reivindicaciones. El nuevo artista trata de encontrar nuevos temas, en oposición a los artistas románticos, que ellos consideran ya fuera de tiempo. Claude Courbet pintó el cuadro *Entierro en Ornans* y los *Picapedreros*, que expuso en El Salón de París de 1850, con gran escándalo del público e instituciones culturales. Nuestro artista inicia, con estas obras, el concepto nuevo de Realidad. Había roto con la tradición de los cuadros de historia e introducido la vida real, tan cotidiano como

un entierro o como dos obreros en su trabajo como picapedreros, nunca antes considerado como tema para las Bellas Artes.

El mundo estaba cambiando y las diferentes ideologías eran ya parte del escenario del ciudadano. La incipiente prensa fue una de las tribunas donde ciertas imágenes eran portadoras de cruda sátira y crítica social. Medio utilizado por artistas como Daumier para crear imágenes de lucha social. Pero no olvidemos a Goya como necesaria referencia.

Hasta aquí he querido exponer que el arte ha sido dirigido casi desde siempre, mediante el encargo. Y que gracias a esos encargos, realizados desde el poder y la política, poseemos obras tan fundamentales como la Capilla Sixtina o Las Pirámides de Egipto.

También he querido señalar cómo, paralelamente a las conquistas sociales, el artista consigue cierta libertad para exponer sus obras en el nuevo mapa social del XIX. Obras de arte de denuncia contra los dictados del poder opresor y despótico, ideológicamente exclusivo y violento que impone criterios estéticos, y nace así el concepto de arte político.

Pero el arte político exige una profunda reflexión. Un arte político donde se defiende una ideología concreta, que no represente los valores universales de libertad, puede ser muy rechazable. Suelen ser panfletos de propaganda política de poco valor artístico. El artista podrá pertenecer a un partido político, pero lo que no puede ser es que su obra sea el ideario de su partido. A la ciudadanía se le ofrece con frecuencia, desde ciertas ideologías de izquierdas, una sub-cultura, que sobre todo no es sino alimento de sus frustraciones, lemas y símbolos de sus reivindicaciones, formas de identificación y representación donde se vean aludidas y defendidas sus partidistas ideologías políticas.

Los fines del arte moderno son otros más elevados. La suprema eficacia del arte quizá esté en su independencia. Tenemos que subir el listón en preparación y educación como acción para la eliminación de un supuesto elitismo. La cultura es libertad y necesita esa libertad para manifestarse, y la libertad se conquista con el conocimiento y el esfuerzo personal para marcar el camino y la meta de cada uno, que fue el legado de Aldous Huxley.

Pero también, en nombre de la “suma libertad”, las mismas vanguardias, hasta ayer mismo, imponían sus *modus operandi* ideológico-estéticos, impuesto por sus santones. Una imposición nueva y sutil, solo aplicable, claro, al artista que quería pertenecer a esa vanguardia. Pero dejémoslo también señalado: el artista, en la mayoría de los casos, necesita tener un sustento ideológico para crear.

El arte de denuncia, o político, es consecuencia de una situación social conflictiva, donde existe un cierto acuerdo en su rechazo: repulsa contra la violencia que suele acompañar a estas imposiciones ideológicas. Son manifestaciones artísticas que nacen y quieren representar a la parte dominada. Un arte donde el protagonista, al contrario del héroe histórico, o del líder glorificado de los regímenes totalitarios, son las víctimas anónimas que sufren la opresión.

Vicente Aguilera Cerni dejó escrito, en algún texto sobre mi trabajo de los años setenta, que: “Los temas reflejan hechos, pero los hechos son dramas humanos (...) Funcionan de modo comunicativo porque son también imágenes sobre cuyo significado hay un acuerdo social. El símbolo define su propio mensaje como denuncia de la violencia y del drama de todas las criaturas sufrientes de la indiferencia del mundo”. Mi intención entonces, al utilizar los medios de comunicación, era crear obras que documentasen hechos reales para convertirlos en documentos testimoniales, siempre desde la objetividad del dato, sin la subjetividad de la distorsión. El valor de la obra del arte político, según mi criterio, será siempre su propio valor como dato histórico y plástico, de las inquietudes del hombre que se pregunta sobre su realidad.

Picasso tuvo un encargo muy importante: el *Guernica*, pero tuvo la virtud de no hacer un panfleto político, que por otro lado le habría sido difícil, dado sus enormes dotes de pintor. El *Guernica* es todo un alegato contra la violencia y defensa de la libertad, y por eso todavía hoy mantiene su actualidad, su valor plástico y simbólico, como manifiesto universal contra la violencia.

Ya Picasso, con palabras acertadas, declaraba en 1944 que: “No he pintado la guerra porque no soy de esos pintores que van, como los fotógrafos, en busca del tema. Pero no cabe duda de que la guerra existe en los

Rafael Canogar, *Pintura nº 27*. Técnica mixta sobre lienzo, 250 x 200 cm, 1959. Museo Reina Sofía



cuadros que pinté entonces. Más adelante quizá algún historiador demostrará que mi pintura cambió bajo su influencia, el de la guerra”. También en 1945 hizo otra referencia sobre nuestro tema: “¿Qué cree usted que es un artista?, ¿un imbécil que no tiene nada más que ojos? Un artista es, al mismo tiempo que artista, un ser político, constantemente en vilo ante los desgarradores, ardientes o dulces, acontecimientos del mundo”.

El informalismo, la tendencia que había dominado casi exclusivamente el arte de las décadas cincuenta y sesenta, terminó pareciéndonos a algunos artistas, a pesar de su máxima expresión de libertad, insuficiente para comunicar y expresar la tensión de la realidad, de la nueva conciencia social y política que despertaba en el mundo del arte.

Inmediatamente después de la crisis del informalismo, en el mundo del arte se abrieron varios caminos. Se realizaron grandes exposiciones que intentaron

definir nuevas propuestas, como pudo ser “Kunst und politik”, organizado por el “Badischer Kuntverein”, en Karelruhe en 1970, o “Menschenbilder”, organizada por el “Kunsthalle Darmstadt” en 1968, y muchas otras con el tema central de la “Realidad”, de las que formé parte, pero ninguna tuvo el éxito como para marcar una tendencia, como lo fue el término Pop-Art.

Justo en estos momentos se está haciendo una revisión de esta tendencia, y se está preparando para el año que viene una exposición en la Tate Modern del Arte Pop: “The World goes Pop”, mucho más universal y amplio, donde se expondrá, precisamente, el cuadro reproducido en la publicación de estos encuentros: *El castigo*, del año 69.

Texto leído en el Primer Congreso Internacional de Arte Político en Madrid, España, noviembre, 2014.